



JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ GARCÍA, *El tercer concierto*, Eclipsados, Zaragoza, 2010, 411 pp. ISBN 978-84-938022-4-0.

ENTRE ESOS escasos maestros a los que el vigor de las ideas debe su silencio se encuentra la voz, tan serena como incisiva, de José Luis Rodríguez García. Catedrático de Filosofía en la Universidad de Zaragoza, José Luis Rodríguez lleva varias décadas cultivando la prosa y la poesía, más allá de sus trabajos académicos en materia filosófica. En este campo, su particular colección de intereses incluye el post-estructuralismo francés, el materialismo moderno, el existencialismo, etc. Entre los autores a los que ha consagrado artículos y monografías se cuentan: Sartre, Hölderlin, Poe, Artaud, Bataille, Benjamin, Blanchot, Marx, y un largo etcétera. Sus más recientes trabajos en materia filosófica son *Jean-Paul Sartre: la pasión por la libertad* (Bellaterra, 2004) y *Crítica de la razón postmoderna* (Biblioteca Nueva, 2006). Actualmente prepara una monografía sobre la crisis del utopismo moderno.

Desde sus más tempranos poemarios (*Origen de las especies*, Porviver Independiente Publicaciones, 1979, y *Tan sólo infiernos sobre la hierba*, CSIC, 1981,) a la reciente novela que nos ocupa, *El tercer concierto*, ha transitado por igual por todos los géneros, ya fuera el relato breve (*Las diversas lunas de la noche*, Endymion, 1991; *Tres horas*, Cálamo, 2008), la narrativa (*Manos negras*, Alfaguara, 1996; *El ángel vencido*, Huerga y Fierro, 2001; *Parque de atracciones*, Akal, 2008) o el ensayo polémico (*Panfleto contra la monarquía: sobre la inutilidad de los reyes*, La Esfera de los Libros, 2006).

En este caso, a sus dos recientes poemarios (*En la última ciudad*, PUZ, 2004, y *Voces del desierto*, 2009), se suma ahora una novela, larga, serena, decimonónica, que toma los últimos estertores de la vida de Chopin como eje y pretexto para un repaso biográfico por la figura del com-

positor polaco, en el segundo centenario de su nacimiento. Esta incursión biográfica es a su vez excusa para otros excursos y relatos transversales. La novela supone, de hecho, una inmersión en el convulso e ilusionado escenario de aquella Europa de las revoluciones del 30 y del 48. En el seno de aquella multitud ensimismada con la libertad por venir, la figura del demacrado compositor polaco se antoja metáfora de una derrota colectiva vivida en demasía, hasta en las propias entrañas, no siendo el arte ni la ascendencia social redenciones suficientes para escapar al fracaso de los ideales modernos. Los últimos días de Chopin resultan así resumen alegórico de esa gloria cariacontecida y huera, como intrascendente, que cubrió toda la Europa decimonónica con sus sinsabores.

La novela despliega su relato desde la infancia de Chopin en su Polonia natal, despuntando ya allí como un genio prematuro del piano y de la composición, hasta sus días triunfales en Viena y en París, su segundo hogar, ciudad a la que llegó en 1831, exiliado tras la caída de Varsovia a manos del zar Nicolás. En aquél París revolucionario y burgués, Chopin nos abre las puertas de la aristocracia polaca exiliada en Francia. Su experiencia política es la evidencia de una revolución incompleta y vaga, llena de ideales,

huérfana de logros. El triunfal Chopin se encuentra también en la capital francesa con una singular galería de personajes históricos. Es el caso del genial y apasionado Heine, del difícil y controvertido Delacroix, o de los otros músicos con los que Chopin pudo tratar en París: Listz, ese rival henchido; Berlioz, encarnación de la melancolía romántica; Schumann, franco amigo, y Bellini, genio inigualable de prematura ausencia.

Los amores de Chopin, ideales y frustrantes, son el núcleo de sus memorias al pie de la cama donde aguarda la muerte. Entre alucinaciones y desvanecimientos, reconstruye así Chopin su relación con la condesa Delfina Potocka, su primer amor por María Wodzinska o su controvertido afecto por George Sand.

Por otro lado, vertebra la novela la genial ficción del enano Nicolás Pertusato, descendiente imaginado del consabido Pertusato que retratará Velázquez en sus Meninas. El Pertusato que encontramos en la novela es una suerte de espía que sigue de cerca los pasos de Chopin desde que abandonara Polonia en su juventud y que hasta sus últimos días, ya moribundo, informara de las cuitas de Chopin al príncipe polaco Radziwill.

En otro orden de cosas, cabe decir que a quienes hemos visto, desde cierta distancia, el proceso de redacción de esta novela, no deja de asombrarnos la capacidad de trabajo de su autor, esa infatigable sistematicidad para no cesar en el empeño, sean cuales sean los otros compromisos, hallando siempre el tiempo preciso para que la narración no decaiga y el texto siga madurando. Escribir sobre Chopin al tiempo que se indagan los fundamentos de la crisis del utopismo moderno, al tiempo que se releen por enésima vez las tesis sobre el concepto de historia de Benjamin, o escribir sobre Chopin mientras se detiene el tiempo, una vez más, ante la evidencia textual de Paul Celan o Samuel Beckett. He ahí el genio sereno y laborioso de un maestro que convierte la provincia de su palabra en universal convocatoria.

Por último, recorre la novela un amargo regusto a muerte, esa misma muerte que estuvo a punto de tentar a su autor hace no demasiados años. La muerte comparece en estas páginas como un telón de fondo que solapara algunas consideraciones autobiográficas del autor, salpicadas entrelíneas, con la narración biográfica de los últimos días de Chopin. Es la muerte, mejor dicho su espera, el preludio de adioses que la antecede, lo que de hecho nos convoca a respirar capítulo a capítulo con el aliento torpe y fatigado del moribundo Chopin. Leyendo esta novela, en realidad, se diría que tomamos de la mano al agonizante Chopin, auxiliándole en sus memorias, acompañando su serena angustia en la anticipación segura del último instante. En suma, la vida de Chopin, como la historia del siglo XIX en el que se enmarca, es el relato de una vocación frustrada, de un proyecto inacabado, como ese tercer concierto para piano al que hace alusión el título de la novela. La historia de las ideas adopta así una forma narrativa y, página tras página, respiramos con Chopin la frustración de ese proyecto vital y colectivo que inundó con sus ansias de libertad el imaginario decimonónico.

*Alejandro Martínez Rodríguez*

